

SECCIÓN: Teorías geográficas, geografía de la cultura y la vida cotidiana



# Ane ku mene

## Geografía de lo íntimo en la pandemia del SARS-CoV-2

Geography of the Intimate in the SARS-CoV-2 Pandemic

Geografia do íntimo na pandemia da SARS-CoV-2

Paula Alejandra Varela-Jaramillo\*

### Resumen

El artículo desarrolla la noción de la geografía de lo íntimo a partir de algunas reflexiones en torno a la crisis sanitaria desatada como resultado de la expansión del virus SARS-CoV-2. El texto profundiza en la crisis del habitar, como una de las aristas de la pandemia, y en la escenificación del paisaje ritual, como una respuesta ante la crisis. El eje central de las reflexiones es la escenificación de la casa como paisaje del encierro y la posibilidad de un nuevo modo de habitar la Tierra, donde se entiende al ser humano como ser fundamentalmente espacial.

**Palabras clave:** geografía de lo íntimo; paisaje ritual; habitar la Tierra; pandemia; SARS-CoV-2

\* Universidad Pedagógica Nacional.



## Abstract

The article develops the notion of the geography of the intimate from some reflections on the health crisis unleashed as a result of the spread of the SARS-COV-2 virus. The text delves into the crisis of inhabiting, as one of the edges of the pandemic, and in the staging of the ritual landscape, as a response to the crisis. The central axis of the reflections is the staging of the house as a landscape of enclosure and the possibility of a new way of inhabiting the Earth, where the human being is understood as a fundamentally spatial being.

**Keywords:** geography of the intimate; ritual landscape; inhabiting the Earth; pandemic; SARS-COV-2

## Resumo

O artigo desenvolve a noção de geografia do íntimo a partir de algumas reflexões sobre a crise sanitária desencadeada como resultado da propagação do vírus SARS-COV-2. O texto mergulha na crise de habitar, como um dos limites da pandemia, e na encenação da paisagem ritual, como uma resposta à crise. O eixo central dos reflexos é a encenação da casa como uma paisagem de recinto e a possibilidade de uma nova maneira de habitar a Terra, onde o ser humano é entendido como um ser fundamentalmente espacial.

**Palavras-chave:** geografia do íntimo; paisagem ritual; habitar a Terra; pandemia; SARS-COV-2



## Introducción

El presente artículo reflexiona en torno a la crisis sanitaria del nuevo coronavirus que, a lo largo del año 2020, ha encerrado a la población mundial en sus casas. Desde el punto de vista de los estudios geográficos, este tema se vuelve fundamental para pensar nuestra condición como seres humanos y la relación que mantenemos con la Tierra. Al partir de la premisa que recuerda que los seres humanos articulan la vida en torno a los paisajes que habitan, este artículo profundiza en la idea del encierro o confinamiento como una posibilidad para pensar la relación entre los seres humanos y la Tierra, por lo que aborda su condición como seres espaciales. En este sentido, los conceptos de habitar, paisaje y encierro son la base teórica que alimenta las diferentes reflexiones que se presentan.

El propósito del artículo es ahondar en la noción de la geografía de lo íntimo que se expresa fundamentalmente en la acción de habitar una casa. Asimismo, se plantean problemáticas alrededor de los estudios geográficos y la cotidianidad como aspectos constitutivos del desarrollo de la vida humana. La aparición de la casa como un paisaje ritual y la necesidad de replantear desde allí la vida en la Tierra es el tema que se desarrolla a lo largo del texto.

En la primera parte se habla acerca de la crisis del habitar, que se fundamenta en una relación binaria entre el ser humano y la Tierra o en lo que se ha denominado el olvido del ser. Se expone, desde el pensamiento del profesor Carlos Mario Yory (1999), que la vida en la Tierra está anclada a la idea del habitar en tanto el ser humano existe en el espacio en el cual vive, es decir, *es* en el espacio. De este modo, se argumenta que la crisis del habitar, por la que estamos pasando, parte del olvido del ser humano de su existencia espacial y que es justamente desde allí que es factible plantear nuevos modos de habitar la Tierra.

Por su parte, la segunda sección desarrolla la noción de la geografía de lo íntimo ante la crisis sanitaria y el confinamiento obligatorio. Allí se habla acerca de la ruptura epistemológica que dio origen a una concepción más humanista de la geografía, lo que posibilitó un acercamiento fenomenológico a los problemas espaciales. También se desarrolla el tema del paisaje en el espacio doméstico y de su construcción social y subjetiva y, por consiguiente, se reflexiona en torno a la casa como paisaje ritual con la aparición de nuevas

rutinas ante el encierro. Así, se propone una mirada sobre la crisis del habitar, a partir de la irrupción del paisaje ritual, desde la idea de la geografía lo íntimo.

## Ser en el mundo, ser en la Tierra

La pandemia del SARS-COV-2 ha obligado a construir la vida cotidiana a partir del encierro. Si bien ya, a todas luces, se vivía en un mundo en crisis —que es sobre todo una crisis de la relación del ser humano con la Tierra— esta situación de confinamiento ha revelado la unidad del ser humano con lo que le rodea. En su libro, *Loa a la Tierra*, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han (2019) relata cómo su deseo de estar cerca de la Tierra lo condujo a practicar a diario la jardinería. Según su explicación, esta añoranza lo llevó a reflexionar sobre la fragilidad de la Tierra y el vínculo mayoritariamente destructivo que el ser humano tiene con esta. En sus palabras, “es una tarea urgente, una obligación de la humanidad, tratar con cuidado la Tierra, pues ella es hermosa, e incluso esplendorosa” (Han, 2019, p. 13).

Ese deseo que llama al ser humano a la Tierra habla con claridad de una diferenciación entre habitar y ocupar que, en las sociedades modernas, se hace cada vez más difícil de discernir (Yori, 1999). Los sentidos y significados que subyacen del habitar son consumidos por la cosmovisión moderna del mundo, donde el deseo de conocer la Tierra parte de una motivación de dominación y subyugación. Esta crisis, que bien podría denominarse la crisis del habitar, no es otra cosa que la diferenciación vertical que los seres humanos han establecido entre ellos y su entorno.

Ante la gran cantidad de contagios a nivel mundial, la obligación de construir la vida desde otros referentes y sobre todo a partir de otras maneras y rutinas hace notoria la idea de Yory (1999), quien recuerda que “el hombre mismo [...] no es en cuanto se relaciona con el espacio, o si se quiere, con los objetos en él, sino que su propia relación con el mundo y con los objetos se caracteriza por su ser espacial” (p. 203). En este sentido, la pandemia por la que atravesamos en la actualidad nos habla vívidamente de nuestra condición humana como seres espaciales, ya que habitar la Tierra es equivalente a ser o a existir. De este modo, habitar la Tierra no es una relación binaria compuesta por dos partes



distantes ni diferentes, sino más bien supone entender que el ser humano está unido al entorno que lo rodea.

En su presentación a la obra del geógrafo Eric Dardel (2013), Jean-Marc Besse afirma que “el mundo geográfico no es auténticamente accesible más que al nivel de la experiencia vivida, donde lo terrestre y lo humano se ponen de acuerdo en una medida originaria” (p. 19). Así, lo que revela la pandemia es una crisis profunda de la experiencia de habitar la Tierra, donde arrasarse y destruir han sido los derroteros de la vida humana. No ha sido suficiente conocer las funestas consecuencias de la devastación para comprender que una relación binaria con la Tierra pone en jaque la existencia del ser humano y las demás formas de vida en el planeta. Aunque, al día de hoy, es incierto el origen del virus que nos puso contra las cuerdas, es bien sabido que una de las teorías más argumentadas tiene que ver con la ingesta de animales silvestres, en este caso de un mamífero llamado pangolín. Esto revela, de manera contundente, los modos de relación con la Tierra que el ser humano ha construido a lo largo de su historia como especie.

El deseo de conquista y de dominación con el que el ser humano se ha relacionado con la Tierra, ha implicado habitar espacios nocivos, caóticos y desequilibrados, donde se ha perdido la noción de habitar, es decir, la conciencia de unidad entre el ser humano y aquello que lo rodea. La expansión del virus resuena como una respuesta de la Tierra que devuelve al ser humano a su espacio mínimo; por tanto, entendemos hoy más que nunca que “la geografía no se interesa por la naturaleza, sino por la relación de los hombres con la naturaleza, relación existencial que es teórica, práctica, afectiva, simbólica [...]” (Dardel, 2013, p. 21). De esta forma, la pandemia es un asunto eminentemente geográfico una vez se reconoce que los seres humanos son la Tierra que habita, la que hoy no es posible recorrer con libertad.

Esta crisis sanitaria de la que el ser humano es protagonista no es más que una crisis del habitar. Tal como lo argumenta Yory (1999), la crisis consiste en la exacerbación del racionalismo que vino con la Ilustración. El saber positivo proveniente del método científico reemplazó poco a poco la experiencia vivida de los seres humanos con la Tierra, lo cual trajo como consecuencia que el ser humano buscara su *razón fundamental* lejos del contacto directo con aquello que le rodea, reemplazándolo por cálculos, leyes y disposiciones cuantificables. El autor expone la necesidad de pensar la

*desobjetualización* del mundo como una opción para cambiar de paradigma, en la cual la relación mercantil, que se sustenta en la idea del mundo como escenario, pase a ser un verdadero renacer del habitar donde el ser humano es consciente de su condición como ser espacial; “por tanto, ya no hablaremos del hombre «y» los objetos, sino del hombre «con ellos»” (Yory, 1999, p. 38).

La crisis que, según Yory (1999), se remite al olvido del ser, en otras palabras el olvido del sujeto con relación al mundo que habita, en pro de la búsqueda del sometimiento de la naturaleza por medio de trabajos técnicos e instrumentales, es la base fundamental de los modos de relación que el ser humano ha desarrollado de la mano de los avances tecnológicos. Esta relación, basada en el cálculo y el sometimiento, muestra en profundidad lo que en la actualidad es la cultura digital, que distancia y enumera los objetos que parecen no tener relación directa con los seres humanos o que su interacción está basada en una premisa de gasto y beneficio. En este sentido, el olvido del ser se remite a una realidad en la que aquello que no es cuantificable puede ser desechado; no obstante, “*ser* es un narrar y no un numerar, el numerar carece de *lenguaje*, que es historia y recuerdo” (Han, 2019, p. 75).

Según Yory (1999), el primer pilar de la crisis es el olvido definitivo del ser humano de su relación existencial con la Tierra que habita y el segundo es la racionalización y objetivación de la técnica o *el hacer del ser humano* sobre la Tierra. Así, el mundo concebido como objeto ha llevado al ser humano a pensar y actuar como dueño de la naturaleza, por lo que en esa objetivación de la vida en la Tierra el ser humano se come los pangolines.

## La geografía de lo íntimo

Una posible respuesta o resistencia a la crisis del habitar, a la que ha llevado la soberbia o el olvido del ser, implica reflexionar en torno a lo que aquí se denomina la geografía de lo íntimo. En un sentido amplio, es posible enfrentar la crisis del habitar si se remite al hecho práctico que señala que la primera y más vital geografía del ser humano es su propia casa.

Históricamente, la geografía ha estudiado la superficie terrestre, lo que quiere decir que su aproximación a la Tierra, por lo menos hasta mediados del siglo xx, fue como escenario.



Incluso, aún la geografía de los años sesenta se basaba en un saber positivo que procuraba soluciones prácticas para expandir una vida de consumo. El desarrollo del conocimiento geográfico, enmarcado en lo que se ha denominado la *revolución cuantitativa*, significó una comprensión del espacio a partir de leyes matemáticas con el propósito de construir reglas generales o universales sobre este (Unwin, 1995).

Es con la geografía humanística que nace, en los años setenta, un cambio significativo en los estudios geográficos. Tal ruptura epistemológica abrió la posibilidad de estudiar el espacio fuera de los límites del positivismo, por lo que a partir de ese momento histórico se ubica, en los estudios geográficos, lo que Yory (1999) denomina la necesidad de desobjetualización del mundo. Más adelante, con las geografías de la vida cotidiana, se abriría un camino muy importante para estudiar las subjetividades, las emociones y las sensibilidades, entre otras dimensiones de lo humano, como constitutivas de los estudios del espacio geográfico.

En este sentido, hablar hoy de geografía remite necesariamente a su transformación histórica y a la necesidad de comprender que los seres humanos construyen la vida a partir de su relación con la Tierra habitada, la cual es afectiva, orgánica, holística y peculiar. De este modo, y ante la crisis sanitaria por la expansión del nuevo coronavirus, es relevante seguir indagando en las geografías íntimas que se originan en el encierro o en el confinamiento.

Dicho confinamiento ha obligado a vivir en la Tierra desde el universo íntimo, por lo que el espacio doméstico se ha convertido en el escenario para desarrollar todo tipo de labores: estudiar, trabajar, cocinar, comer, dormir, hablar con otros... La casa es todo el paisaje que tiene el ser humano hoy y el que brinda protección y cuidado. Así, la geografía de lo íntimo, la del *escenario íntimo*, enseña que “es a través del paisaje como el ser humano toma conciencia del hecho que habita la Tierra” (Dardel, 2013, p. 27). Es el encierro el que ha permitido esa conciencia, de la casa como paisaje, donde se hace latente para el ser humano su condición como ser espacial.

## La casa como geografía íntima

Con la emergencia sanitaria del nuevo coronavirus, las carreteras y los cielos se cerraron frente a los ojos de todos,

obligándonos a refugiarnos en las casas. Según Bachelard (1997), la casa es un rincón en el mundo, un espacio que surge de la necesidad de protección; un espacio afectivo que se construye como morada donde la vida transcurre, se comparte con la familia y se sueña. Gastón Bachelard (1997) también recuerda que “todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa” (p. 35); así, la construcción de una morada es inherente al habitar y, por ello, es indispensable para pensar una respuesta ante la crisis de la objetualización del mundo. La casa es el albergue del ser humano, el espacio donde hay protección y donde se extiende toda la subjetividad. Retomando a Han (2019), la casa es también la oportunidad del lenguaje, el desinterés por numerar y la posibilidad de la narración.

En la actualidad, la casa también configura nuevas rutinas de una vida que se transforma. La geografía íntima de la casa obliga a construir un modo de vida al que no se está acostumbrado, casi como si ella tuviera voluntad propia para demandar obligaciones. Así, la casa muestra sus lugares más luminosos y cálidos para trabajar, los lugares secretos para pasar un tiempo a solas y los más confortables para descansar; lo da todo y se abre como paisaje al ser humano y ayuda a edificar un nuevo universo espacial.

Según Bachelard (1997), los seres humanos llevan a sus casas diversas vivencias por medio de los recuerdos, y es así como tienen la capacidad de habitar todos sus hogares desde la lejanía. Las evocaciones de las casas anteriores no son recuerdos apartados del cuerpo ni de sus sensaciones, por el contrario, los recuerdos traen consigo olores, tamaños y colores. Este espacio de protección no solo es un espacio físico, sino que es el resultado de los recuerdos y las imágenes de todas las moradas que se han tenido a lo largo de la vida. De esta forma, puede afirmarse que aún en el confinamiento una casa habitada remite a otros espacios por medio de la memoria y el afecto, tanto así que para los seres humanos es posible habitar varios espacios al tiempo aunque no sea factible hacerlo de manera presencial.

En conclusión, la casa integra los sueños, los recuerdos, los pensamientos y las ensoñaciones. No tiene una imagen fija puesto que está en constante transformación de acuerdo con las experiencias que, activadas por la imaginación, dan a luz imágenes amorosas, melancólicas, terroríficas, tristes, reconfortantes o claustrofóbicas. ¿Qué imágenes se construyen hoy de la casa que protege y a la vez encierra?





## La casa como paisaje ritual

En el confinamiento, la casa es el lugar mínimo de la vida y, en esencia, un paisaje. Parece inverosímil hablar de paisaje cuando no se hace referencia a montañas, valles, ríos o volcanes, especialmente porque el paisaje ha sido entendido como imagen exterior y como horizonte para la contemplación, quizás debido a su origen vinculado con la pintura (Debray, 1994). Sin embargo, la noción de paisaje aquí propuesta abraza la idea de la inserción del hombre en el mundo, entendiéndolo como el lugar de combate por la vida y el escenario para la manifestación del ser frente a los demás (Dardel, 2013).

De esta forma, la casa, en tanto paisaje, es en estos días de crisis sanitaria “más que una yuxtaposición de detalles pinto-rescos [...], es un conjunto, una convergencia, un momento vivido” (Dardel, 2013, p. 90). La casa es fundamentalmente un movimiento interior y una experiencia con la Tierra, es el vínculo que une al ser humano con su ser espacial. La casa es, en esencia, un paisaje que protege y cubre al ser humano de su exposición al mundo, un paisaje que suple al ser humano en una carencia y en una desprotección. No obstante, la casa es también una forma en la que los seres humanos se muestran o se proyectan al mundo, por lo que todo habitar es en sí mismo un mostrar (Yori, 1999).

Del paisaje quedan imágenes de grandes extensiones de tierra, mares infinitos y montañas imponentes. La sensación de supremacía de la naturaleza y la noción de horizonte han cautivado una gran cantidad de reflexiones en torno a este tema. Sin embargo, y como se ha argumentado, el paisaje también está en lo pequeño, en lo íntimo. Según Yi-Fu Tuan (2015), el paisaje, visto desde la perspectiva de la imaginación romántica, puede estar en lo inconmensurable o en lo microscópico. De este modo, la casa es la construcción de un paisaje íntimo que está inscrito en lo rutinario y que implica un proceso subjetivo de habitar la Tierra.

Como fruto de una investigación realizada en el marco de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, titulada *Guatavita, el paisaje bajo las aguas del progreso y el resurgimiento del habitar* (Varela, 2019), se define un concepto asociado a los modos de habitar el paisaje. Dicho concepto, denominado *paisaje ritual*, hace referencia a la construcción de rutinas ancladas a un paisaje determinado que se basa en actividades repetitivas y de tipo

ceremonial, por lo que se puede decir que un paisaje ritual es la experiencia de acudir a lugares con cierta regularidad con el fin de suplir una necesidad. Una iglesia, un supermercado o inclusive tomar siempre el mismo medio de transporte, se convierten en paisajes rituales debido a que la experiencia en ellos se repite infinitas veces. Este paisaje incluye desplazamientos, colectividades y, en ocasiones, una especie de liturgia alrededor de la actividad desarrollada en ese escenario en particular.

En el confinamiento, la casa se muestra como paisaje ritual y construcción del habitar la Tierra, pues es allí donde se suplen todas las necesidades vitales y fundamentalmente donde se existe. Un corto inventario en torno a las rutinas que se llevan a cabo en la casa, en estos días de confinamiento, permite ver con claridad la construcción del paisaje ritual:

- Para descansar de un día ajetreado voy a la habitación, destiendo la cama y duermo.
- En la mañana me levanto, tiendo la cama y acomodo los cojines.
- Me dirijo al baño, tomo una ducha, vuelvo a la habitación para escoger la ropa que vestiré ese día y me visto.
- Salgo de la habitación hacia la cocina para preparar mi desayuno y como sobre la mesa del comedor.
- Enciendo mi computador y lo dejo sobre la mesa del comedor.
- Vuelvo a la cocina y lavo los platos para empezar la jornada laboral.
- Tomo la silla más cómoda y empiezo mi trabajo.
- Vuelvo a la cocina para hacer un café y retomo mi puesto en el comedor.
- Sobre el mediodía, vuelvo a la cocina para preparar el almuerzo. Hago un par de idas hacia la nevera para sacar las verduras, la mantequilla o la leche.
- Una vez está preparado el almuerzo, llevo los platos al comedor. Nos sentamos a almorzar en familia.



- Recogemos los platos sucios y los llevamos de vuelta a la cocina.
- Vuelvo al comedor y retomo mi puesto de trabajo, encendiendo nuevamente mi computador.

De esta forma, podría seguir y la rutina sería infinita, siempre con repeticiones a lo largo de los días y las semanas. Estas actividades rutinarias, que configuran el habitar humano, que son sencillas y cotidianas, se conectan con la experiencia de habitar la Tierra, tal y como lo demuestra el diario del jardinero que escribe Han (2019). En él, se constata cómo diariamente cuidó de sus plantas a partir de actividades rutinarias que le permitieron comprender la relación entre su habitar y el mundo que lo rodea, al punto de identificar el diálogo entre la casa y la extensión del planeta. Así, nos invita a “ser siempre conscientes de que existimos en un planeta pequeño pero floreciente en medio de un universo por lo demás sin vida, y de que somos un ser planetario” (Han, 2019, p. 33).

Los objetos, los olores, la temperatura y la luminosidad son factores que están presentes todo el tiempo en la construcción de este paisaje ritual que es la casa. Cada pequeño detalle configura la experiencia de habitar la Tierra, esta vez desde un espacio íntimo. Este paisaje intrínseco que es la casa representa una ubicación, unos sentimientos y unas posibilidades que, como recuerda Eric Dardel (2013), configuran la espacialización de la vida. No obstante, vale la pena decir que las repeticiones no significan copia o mimesis de los días; por el contrario, en la cotidianidad los días son siempre distintos, aunque los paisajes rituales sean siempre los mismos.

Por consiguiente, entender la casa como paisaje ritual recuerda lo que Alfred Schütz (1974) dijo en su momento: el paisaje íntimo, los hábitos familiares, los objetos queridos, constituyen un modo particular de existir. En este momento de pandemia, de incertidumbre y en ocasiones de esperanza, el ser humano tiene la posibilidad de construir nuevos modos de existir y de ser en la Tierra, por ejemplo, desde la consciencia de habitar un refugio.

## Conclusiones: la importancia de pensar lo ritual en la geografía y en la vida

La situación de confinamiento lleva a recordar esa remota novela de Umberto Eco (1984) titulada *El nombre de la rosa*, donde un grupo de monjes benedictinos viven el encierro de una abadía. La vida en confinamiento ha sido asociada a lo largo de la historia con la renuncia a la vida vulgar o al castigo ante conductas delictivas. El encierro ha sido tema fundamental de la literatura, el cine y la sociología, por tratarse de un eje trascendental a la hora de reflexionar sobre lo humano.

En nuestros días, el encierro es la posibilidad, y quizá la alternativa más eficaz, para enfrentar el contagio de un virus que se ha expandido por toda la Tierra. Así, resulta prácticamente imposible reflexionar en este tiempo sobre un aspecto diferente al de la pandemia y sobre los retos que se han empezado a gestar con el contagio masivo de un virus, que, en su origen, parecía lejano.

La permanencia en las casas ha permitido el surgimiento de una poética del paisaje interior, en la valoración de aquello que es primordial como el espacio íntimo y apenas compartido con las personas más cercanas. El encierro ha obligado a crear una rutina basada en el paisaje habitado, es decir, en las posibilidades que brinda la casa en la cual se vive. Esto implica abrir los sentidos al paisaje, igual que se hace cuando se está frente al mar, por lo que es indispensable saber cuáles son los espacios ideales para trabajar, las horas precisas para cocinar o modificar espacios para el ejercicio, la lectura y el descanso.

La vida en el paisaje interior habla todo el tiempo de lo que son los seres humanos como seres espaciales, de los colores que preponderan en el hogar, de los objetos que son necesarios en el día a día, de los dispositivos tecnológicos de los cuales se depende y, por supuesto, de la importancia de las ventanas que permiten mirar hacia afuera. Así, la casa se torna paisaje debido a que está realmente habitada, en su cotidianidad y trasegar particular, y como consecuencia del hecho de que es imposible abandonarla.

En este sentido, la crisis del habitar se traslada al espacio íntimo una vez es necesario reflexionar sobre la relación con la





Tierra ahora que no es posible recorrerla. En alguna medida, la situación de encierro permite que la reflexión se haga natural, especialmente cuando se ha quitado la posibilidad de desarrollar la vida en normalidad. Al entender que la casa es un paisaje se comprende también que la actividad humana en ella no es algo aislado del acto mismo de vivir. Así, se sabe que “la manera de pensar el lugar será inseparable de la manera de hacer y, consecuentemente, de la manera de entender y construir nuestra relación con él” (Yory, 1999, p. 54). Pensar, hacer y relacionarse son acciones que están unidas cuando un espacio es habitado por los seres humanos y, en consecuencia, la unidad de estas acciones engendra la posibilidad del renacer de una poética del habitar. Desde allí es posible construir una relación con la Tierra más consciente que lleve al ser humano a entender su unidad con lo que le rodea, es decir, con el paisaje.

La casa como paisaje constitutivo de la vida, compuesto de rituales, es una alternativa para reflexionar sobre la espacialización de la vida cotidiana, sobre los ritmos, las repeticiones, las actividades y las necesidades. Esto lleva a crear nuevos sentidos, significados, ensoñaciones y afectividades con aquello que compone la vida en la Tierra. La casa es, en estos días de pandemia, un universo en sí misma y como paisaje es una alternativa para la desobjetualización de la Tierra, ya que permite la creación de nuevas maneras en que la humanidad puede relacionarse con su entorno de vida. Es a partir de esta nueva narrativa que se permite la creación de lenguajes y comprensiones que favorecen ver con claridad la posibilidad

de construir amistad, respeto y empatía por todas las formas de vida del planeta.

Como lo relata Andrés Felipe Solano (2020), “una de las particularidades de los virus es que no pueden multiplicarse en medios artificiales. Necesitan de plantas, bacterias o animales para hacerlo” (p. 25). Lo que enseña el virus es que somos parte de eso que se ha denominado el mundo natural, que somos afectados por él y que nuestras acciones lo impactan también. Las formas en que los seres humanos son habitantes de una casa que cuida de ellos permiten entender de una manera más vívida lo que significa ser en la Tierra y sentirse parte de ella. Por eso, cuando se lee el famoso cuento de Julio Cortázar, titulado *Casa tomada*, hay una angustia que invade al lector. A medida que una pareja de hermanos se da cuenta que su casa está invadida por intrusos empieza a acomodar su vida olvidando los espacios perdidos. Paulatinamente, los hermanos pierden su paisaje primordial, la casa que los protege y, junto a ella, las rutinas que los sostienen en el día a día.

Esa experiencia de perder la casa que relata Cortázar es similar a lo que se experimenta con la pandemia, y con otro tipo de eventos que se vuelven cada vez más frecuentes: la extinción de animales, la pérdida de los páramos, los cambios climáticos, entre otros. Poco a poco la casa se desdibuja, pero aún queda la alternativa de habitar la Tierra como una geografía de lo íntimo.



## Referencias

- Bachelard, G. (1997). *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica.
- Dardel, E. (2013). *El hombre y la Tierra. Naturaleza de la realidad geográfica*. Biblioteca Nueva.
- Debray, R. (1994). *Vida y muerte de la imagen, historia de la imagen en Occidente*. Paidós.
- Eco, H. (1984) *El nombre de la rosa*. Editorial colombiana Ltda.
- Han, B. (2019) *Loa a la Tierra: un viaje al jardín*. Editorial Herder.
- Schütz, A. (1974). *Estudios sobre teoría social*. Amorrortu.
- Solano, A. (2020). *Los días de la fiebre*. Editorial Planeta.
- Tuan, Y. (2015). *Geografía romántica. En busca del paisaje sublime*. Biblioteca Nueva.
- Unwin, T. (1995). *El lugar de la geografía*. Cátedra.
- Varela, P. (2019) *Guatavita: bajo las aguas del progreso y el resurgimiento del habitar* [Trabajo de maestría, Universidad Pedagógica Nacional].
- Yory, C. (1999). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Pontificia Universidad Javeriana.